

# SIGNIFICADO DE LA ACCION PORTALIANA

*Enrique Cordovez Pérez  
Capitán de Corbeta*

## INTRODUCCION

Ninguna obra política puede analizarse en la perspectiva histórica haciendo abstracción del entorno social y del contexto intelectual de la época en la que los hechos tuvieron su origen. La personalidad del estadista don Diego Portales Palazuelos, mas allá de sus rasgos personales, perdura en el tiempo por haber forjado en el candente metal de una patria joven, la perenne estructura social de una república moderna.

Hay circunstancias coyunturales en la vida de los pueblos, en las cuales el desorden y el caos se hacen presentes. En aquellas situaciones de crisis, la decisión y serenidad del estadista son las que hacen prevalecer la cordura por sobre la insensatez y el servicio altruista por sobre la mezquindad.

La armonía política, preciado anhelo de la Humanidad y condición necesaria de quienes aspiren al progreso, no es un don sobrenatural. El orden social se cultiva como fruto de la equidad en el gobierno y la solidaridad de los gobernados.

Diego Portales forjó la república, asumiendo, aun a costa de su vida, el ministerio de la función pública durante un período turbulento. Los antagonismos internos y las amenazas externas auguraban sobre Chile funestos presagios, en su primera veintena de vida independiente.

Para percibir integralmente la acción portaliana, emanada de varias fuentes, en toda su magnitud, es necesario contrastar: la teoría con la práctica; el contexto intelectual con el entorno social; las vertientes ideológicas con el estilo de vida y costumbres; en fin, la cultura con la sociedad.

Los conceptos y valores de su labor política se deducen de la idiosincrasia que trajeron los peninsulares y se plasmaron entre lo sacro de la evangelización y lo profano de la conquista. El entorno social del criollo, a comienzos del siglo XIX, conservaba los residuos culturales del mapuche y del español; sin embargo sus irrelevantes derivaciones en el acontecer histórico le habían llevado a la anarquía.

La obra política de Portales tuvo la grandeza de haber dado forma de autoridad al contenido de su gobierno; esa estructura definió el rol del poder, el estatus del mérito y las normas para los ciudadanos.

La proyección actual de la República Portaliana cumple la función educativa permanente de los valores cívicos nacionales; su pensamiento político ofrece estabilidad social, conducida por la autoridad legítima, en el libre discurso democrático.

## **VERTIENTES IDEOLÓGICAS DE LA CULTURA NACIONAL**

Las vertientes ideológicas que ejercían mayor influencia en Chile a comienzos del siglo XIX tenían un natural desfase con la vida europea, como había ocurrido tradicionalmente en las centurias precedentes.

El iluminismo del siglo XVIII señalaba aún sus destellos en las corrientes innovadoras, que a partir del Modernismo iban a reconstruir la sociedad feudal, generando un nuevo estilo mundial de convivencia.

La sociedad moderna habría de convertirse, a lo largo del siglo, en la expresión de un nuevo orden social, creado principalmente por la Revolución Francesa y la Revolución Industrial Europea.

El nuevo orden cuestionaba la autoridad de la Iglesia, el origen divino de los reyes y las instituciones que habían dado forma a las colonias de Hispanoamérica. Es así como el sentimiento libertario logró cortar la dependencia administrativa con la Corona española, aun cuando las costumbres y las gentes seguían siendo las mismas.

Para entenderlas debemos remontarnos a las diferentes etapas en las cuales, en un proceso paulatino, toman forma las estructuras a las que se vio enfrentado don Diego Portales:

### **Siglo XVI**

"El fenómeno del despertar del intelecto frente a la naturaleza... ahora es la observación, la experiencia que proporciona el movimiento, trastocando por entero la idea del universo; navegantes y exploradores revolucionan la geografía. Todo un inmenso continente y desconocidas rutas oceánicas se revelan a los europeos. El ser humano, el mundo y el universo han adquirido así imprevistas dimensiones"<sup>1</sup>.

Aquella fue la centuria en que Chile fue descubierto por el mar, en la que posteriormente Almagro y Valdivia peregrinaron dificultosamente el nórdico desierto, para sentar sus reales, levantar la cruz y clavar la espada.

En la siguiente centuria la esencia del Barroco tuvo su más fiel exponente en España. Allí se opuso a la corriente humanista con su adhesión a la dogmática católica y a la autoridad de Roma.

### **Siglo XVII**

"Bajo esta nueva forma de cultura, que se llama Barroco, se define al hombre como una totalidad compuesta de espíritu y materia, de alma y cuerpo. Es el espíritu de Trento que se encarna en las formas culturales del Barroco y se difunde por la disciplina de la milicia espiritual de la Compañía de Jesús"<sup>2</sup>.

Mientras tanto, en Chile, el avance hispánico es detenido por el pueblo mapuche, y se denomina al país el Flandes Indiano. Además del enfrentamiento en la Araucanía, hay que añadir el asalto de los piratas sajones y las destrucciones que producen los terremotos, que inhiben el desarrollo que las artes del Barroco alcanzan, por ejemplo, en el dócil Perú.

---

<sup>1</sup> JAIME EYZAGUIRRE: Historia de Chile, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1964, t.1, p. 53

<sup>2</sup> Ibid., t.1, p. 143

## **Siglo XVIII**

Volviendo a Europa, "La línea de la filosofía política, distanciada del catolicismo; Maquiavelo, Bodino y Hobbes habían ido echando las bases doctrinarias de la monarquía absoluta... según esta última concepción la autoridad descendía de Dios al monarca, sin intervención alguna del pueblo que sólo está llamado a la obediencia."<sup>3</sup>

La ilustración es el fenómeno que da apellido al Despotismo de las testas coronadas; las ciencias abren la posibilidad de dominar el mundo y alcanzar, con la sola voluntad del hombre, la tan ansiada felicidad. De esta forma la reacción contra el Absolutismo se hace explícita en los pensadores Montesquieu, Locke, Rousseau, Diderot y D'Alembert.

En la Península Ibérica, Carlos III se encuentra en una posición entre la tradición y el modernismo, que para Chile repercute en la centralización administrativa, la expulsión de los jesuitas y la libertad del comercio.

Por la vía marítima había de llegar entonces, a fines del siglo XVIII, el fermento del clima revolucionario a esta tierra de la Nueva Extremadura; Europa se mantenía en un precario equilibrio entre la sociedad tradicional y la sociedad moderna. "Pudieron coexistir la religiosidad y el racionalismo, la monarquía absoluta y las aspiraciones, las clases privilegiadas y la burguesía"<sup>4</sup>

Mas, era inevitable que ocurriera el doloroso alumbramiento de una nueva sociedad, en ambos lados del Atlántico. A la sombra de los ideales libertarios y de igualdad del viejo continente se produjo la independencia de las colonias inglesas de Norteamérica, la Revolución Francesa y la subsecuente emancipación de las naciones sudamericanas

El curso de la historia es irreversible. En forma paulatina; los antiguos estilos de una sociedad de unidad concéntrica deben adaptarse al poblamiento Urbano y a la división forzada del trabajo que demanda el fenómeno de industrialización; principalmente en Inglaterra y Francia.

## **Siglo XIX**

"La negación del significado social de la fe y de la Iglesia, el brote y desarrollo de los nacionalismos, la exaltación de la democracia como valor supremo, son algunos de los factores que dan a la época las características propias de una crisis"<sup>5</sup>

Comte, creador de la Sociología, pretendió dar una solución en su Teoría Positivista. La finalidad de esta ciencia era descubrir las leyes naturales que gobiernan a las sociedades a través del tiempo y lograr el progreso mediante el orden; superando la crisis del cambio, con la segura estabilidad que da el amor, como principio trascendente de una ética cívica en reemplazo de la religión.

Chile, al sustituir la monarquía por la república se pretende también solucionar la crisis generada por el cambio, mediante una legislación que, en la perfección teórica positiva, regulara la vida cívica de la naciente república.

No obstante, el espíritu de la época emana de sus vertientes naturales. El proceso político se consolida en el autoritarismo de O'Higgins, que más se asemeja, por las

---

<sup>3</sup> Ibid., t.1, p. 225

<sup>4</sup> Ibid., t. II, p. 341.

<sup>5</sup> Ibid., t. II, p. 443.

prerrogativas del Director Supremo, a los poderes de los monarcas absolutos, que a la república francesa.

La Constitución de 1818 muestra esta realidad con un Poder Ejecutivo sin término de mandato, un reducido Poder Legislativo de cinco miembros y un Supremo Tribunal Judicial; ambos designados por el Director Supremo.

No varió fundamentalmente el diseño de la estructura social con el gobierno de Freire y la Constitución de 1823. En esta se define el período de gobierno del Director Supremo y se aumenta el Senado a nueve miembros "beneméritos de virtudes cívicas calificadas", y con un código moral complementario que hace evidente la influencia del Positivismo comtiano en la legislación.

En 1825, el monarca Fernando VII intenta revivir en Chile la perdida influencia de la metrópoli. A través de la Encíclica de León XII se resaltaban las virtudes de aquel rey; sin embargo, consultado el Obispo Rodríguez Zorrilla, la considera apócrifa, "Pues contradecía las reiteradas declaraciones de la Santa Sede de no mezclarse en el problema político de América y sólo atender a sus necesidades religiosas".<sup>6</sup>

Este último residuo monarquista pasa inadvertido en un país que ha llevado a cabo el ensayo de una estructura federalista de tres provincias, que en 1826 se formula en una nueva constitución; la tercera, en un lapso de diez años.

En la Constitución de 1828, el énfasis se centra en la libertad, la propiedad y la igualdad. Es ahora la fuerte tendencia del Liberalismo a dar un amplio derecho a la participación ciudadana, provocando un considerable debilitamiento del Poder Ejecutivo.

\* \* \*

Tras la nítida estela de Jaime Eyzaguirre hemos avanzado en cuatro siglos de nuestra historia; durante el período, la expansión de la cultura europea llegó a Chile, plasmada en el carácter de una colonización española que habría de culminar con el Despotismo Ilustrado. No obstante, el pueblo chileno da curso al impulso renovador, emancipándose de España bajo la concepción republicana del Estado Nación. No obstante, se aferra al modelo autoritario de España y sigue en sus primeros pasos el modelo positivista y liberal de Francia; para mirar más tarde, con admiración, el modelo federalista de Estados Unidos. Bajo estas estructuras formales subyacen las tendencias conservadoras y liberales, cuya pugna habrá de resolverse con el triunfo de los "pelucones" en la Batalla de Lircay, dando fin a varios ensayos constitucionales divergentes y estériles.

No hay cambio que perdure si no es internalizado por las personas que se ven afectadas en su estilo de vida y costumbres. La ausencia de una estructura definida para el nuevo orden, en el que se debatían ideas contrapuestas, tipifica el fenómeno de la ausencia de normas que vivió Chile hasta antes de Lircay. Ante esta situación, anómica, los chilenos buscan las pautas que garanticen la estabilidad política; las miradas se vuelven nostálgicamente hacia Francia, donde las Revoluciones de 1830 y 1848, confirmarán que el procedimiento democrático para la generación del poder no podrá ser revertido; al igual que la separación del poder secular del Estado y el poder divino de la Iglesia.

En este desarrollo histórico, las vertientes ideológicas nos han colocado muy próximos al inicio de la gestión política del forjador de la república. No es posible entender la obra de

---

<sup>6</sup> Ibid., t. II, p. 498.

Diego Portales separada del contexto intelectual anteriormente enunciado; la nación se había gestado en la colonia, crecido bajo la dominación monárquica y más tarde autoritaria de O'Higgins. Ahora buscaba superar el caos de una incipiente república, no cohesionada, que reflejaba criterios liberalistas y democráticos, provenientes de Europa y contrapuestos a la tradición chilena.

En medio de la crisis, la voluntad de Diego Portales logró hacer de la teoría política una realidad compartida por sus connacionales, y de las instituciones sociales una cultura cívica que perdura hasta nuestros días.

## **ESTILO DE VIDA Y COSTUMBRES DE LA SOCIEDAD CHILENA**

El hito que constituye la Batalla de Lircay marca una etapa en la cual, a partir de 1810, la vida familiar y social deben adaptarse a los sucesivos intentos para definir las normas y la convivencia de una nación independiente.

Esta etapa se marca indeleblemente en la memoria nacional por los hechos de violencia, que se reiteran tras el doloroso corte del cordón umbilical con España y culminan con los sangrientos sucesos de la batalla fratricida.

La sociedad chilena se afana por restablecer los lazos espirituales que la mantuvieron cohesionada durante la Colonia y que habrían de afianzarse en las posteriores guerras; lazos que permitieron consolidar nuestra soberanía frente a la continua amenaza española y de los tres vecinos hispanoamericanos.

Entre 1810 y 1830 se destacan ciertos rasgos típicos del cambio en el acontecer histórico. "El fenómeno abarcó también, aunque en forma menos estrepitosa y aparente, las demás fuerzas espirituales que gobiernan el alma nacional; y sumándose a los cambios producidos por el hecho de la Independencia añadió nuevos agentes sociológicos a los que venían del pasado. No sólo desapareció la veneración por el rey, sino que, como hemos visto, la antipatía entre chilenos y españoles se transformó en un violento odio a España..."<sup>7</sup>.

Este fue el resultado de lo que Francisco Antonio Encina denominó "la leyenda negra", mediante la cual la antipatía de los chilenos se proyectó no sólo al pueblo español, sino también a las instituciones que durante tres siglos se habían arraigado en el estilo de vida de la nación.

El pensamiento anglosajón, con su pragmatismo derivado de la ética protestante, había penetrado por la ruta de ultramar a bordo de las naves de los comerciantes provenientes de las colonias emancipadas de Norteamérica. La semilla revolucionaria había llegado en los textos de los enciclopedistas franceses y en las encendidas proclamas que habían hecho estallar la revolución de la igualdad. También los aires renovadores llegaron en la teoría económica de la libertad de comercio inserta en el *Ensayo sobre la riqueza de las naciones*, de Adam Smith.

Las potencias mundiales de la época crecían, capitalizando el ocaso del Imperio español; amplían su influencia sobre estas nacientes repúblicas de la América del Sur, especialmente Chile, dueño de la llave entre ambos océanos y un extenso litoral abierto al influjo de las corrientes renovadoras de ultramar.

El sentimiento de la chilenidad recién empezaba a germinar y los arquetipos de La Araucana aun no se difundían en el legado cultural del pueblo; la patria era el vocativo con el

---

<sup>7</sup> FRANCISCO A. ENCINA; Historia de Chile, Editorial Ercilla, Santiago de Chile, 1984, t. 19, p. 5

que se identificaba la gesta emancipadora, y no fue reemplazado por la denominación de Chile hasta que Freire lo decretara en 1825.

La población se encontraba distribuida en forma bastante homogénea. En los años 30, el 60% de los habitantes se ubicaba entre Colchagua y Coquimbo y el 40% entre Talca y Chiloé. Santiago duplicaba la población de Rancagua, Colchagua, Maule y Concepción, y solo un cuarto de ésta habitaba en los puertos de las provincias marítimas.

Dicha población mantenía la organización social tradicional; con una élite castellano-vasca, un estatus intermedio de elementos meridionales y una clase popular, mayoritariamente integrada por mestizos de sangre española y mapuche. Esta estructura se vio matizada por comerciantes europeos que establecidos en Valparaíso llegaron a aumentar sus establecimientos comerciales, de dos a dos mil, entre 1817 y 1822. Su población creció hasta alcanzar el número de 25 mil habitantes, a fines de la década de los años treinta.

La llegada de los extranjeros vendría a marcar un profundo cambio en el sistema económico colonial. Junto con el nuevo sistema político libertario vendría a producirse un vuelco similar de la economía, la que tradicionalmente se había centrado en el comercio interno del Imperio hispánico. Ahora despertaba, propendiendo a la libertad del comercio de ultramar con otros países europeos, las ex colonias inglesas de Norteamérica y China, en el Lejano Oriente.

Empero, el país no estaba preparado para absorber las importaciones que sustituyeron, a mayor costo, las mercaderías españolas; y así Chile se fue sumiendo cada vez más en la pobreza. Se sumaba a ello la escasez de mano de obra y el gasto, para el erario nacional, demandado por la Expedición Libertaria del Perú. Este efecto hizo crisis en la decadencia de la agricultura en Coquimbo y la miseria en Concepción, manteniéndose como actividades complementarias los tradicionales cultivos de la agricultura, la ganadería y la minería.

En síntesis, como lo señala Encina, se había materializado el choque entre el liberalismo anglo-americano y el proteccionismo fiscal chileno. De esta forma llegó a definirse el comercio exterior, en términos que habrían de perdurar por más de un siglo para Chile. La opinión de un extranjero, Caldecleugh; describía esta realidad de la siguiente forma: "Los criollos debían continuar dedicándose con preferencia a la agricultura y la minería para alimentarse y pagar la mercadería europea... las industrias de los chilenos carecen de importancia y éstos no tienen capital ni aliento suficiente para ejercer el comercio"<sup>8</sup>.

De la gestión de comercio exterior de O'Higgins sólo fue rescatada la iniciativa de crear almacenes de depósito, para mercaderías europeas y asiáticas destinadas al embarque para su distribución en los países ribereños del Pacífico. Años más tarde el Ministro Renjifo habría de materializarla en almacenes francos, los que, lamentablemente, se desvirtuaron a raíz del contrabando; ello obligó a tomar medidas que menoscabaron su finalidad original.

En lo social, a pesar de todas las convulsiones y la inseguridad que reinaba en los campos, el espíritu de la familia no se había quebrantado. Prueba de ello es que la jerarquía y solidaridad social se mantenían...: "Los sirvientes y los inquilinos, lejos de volverse contra los patrones... solidarizaron con ellos, buscaron su amparo y a la vez los defendieron con una

---

<sup>8</sup> Ibid., t. 19, p. 67.

lealtad y un espíritu de sacrificio que reflejaba la fuerza de los vínculos de afecto que habían nacido entre ambos elementos sociales"<sup>9</sup>.

Los pocos chilenos que habían vivido en Europa habían traído a sus connacionales la imagen de una civilización europea digna de ser admirada; sin embargo ésta no fue traspasada, ni siquiera a través de los textos, a los gustos y las costumbres de los contemporáneos.

Cabe destacarse como una conducta tradicional "el optimismo de las clases pobres, la conformidad con su condición y que a los cerebros europeos (Vancouver) se representa como una inconciencia de la miseria, y no como reflejo del equilibrio entre sus necesidades, deseos y aspiraciones y los medios de satisfacerlos"<sup>10</sup>.

Los grupos sociales se mantenían cohesionados por la finalidad de alcanzar la emancipación, aun cuando este argumento no se había afincado en el significado de la patria soberana, como un valor que motivara racionalmente su conducta. Por otra parte, este país, históricamente pobre comparado con las riquezas del Perú, y siempre a merced de catástrofes naturales, había desarrollado una solidaridad que se hacía explícita en la generosa hospitalidad y afecto al extranjero.

"Hacia el final del período la pobreza, el desengaño y el pesimismo engendrado por el fracaso de los desórdenes locales y el espectro de la anarquía, tendieron un manto gris sobre la vida social; pero, sin alterar el carácter chileno, que perduró en el fondo durante todo el siglo XIX. El mismo acervo de ideas y sentimientos y las costumbres legadas por la colonia, sólo cedieron muy lentamente a las nuevas influencias sociológicas que presiden la evolución social"<sup>11</sup>.

Este esquema también se hace patente en el sentimiento religioso que, como una férrea atadura moral, resistió las pugnas entre los miembros del clero, las medidas gubernativas en contra de los párrocos y el deterioro que se había producido en las relaciones con la Iglesia de Roma. Así, la religión continuó cumpliendo su función social de integrar la sociedad chilena, promoviendo la moralidad como un escudo contra los progresivos cambios del sistema político.

## **CONCEPTOS Y VALORES DE SU OBRA POLÍTICA**

La obra política de Diego Portales pone en vigencia las estructuras sociales del modelo político republicano, sobre la base de la nacionalidad acuñada en el régimen monárquico y la economía consolidada durante la Colonia.

La explicación integral de este fenómeno sociológico se halla en su significado valorativo, su finalidad racional y las actitudes individuales de los chilenos, que se comprometieron a esta empresa bajo el peso de la autoridad portaliana.

Ahora bien, esta autoridad se legitima carismáticamente por su personalidad y racionalmente por la claridad de sus objetivos; la conciencia colectiva tradicional reclamaba un líder, para salvarla de la anomia en la cual se hallaba extraviada.

Esta situación es descrita con desolación por O'Higgins en su carta a San Martín, desde su destierro en Lima a comienzos de 1827: "Con toda propiedad puede decirse que Chile ha

---

<sup>9</sup> Ibid., t. 19, p. 123.

<sup>10</sup> Ibid., t. 19, p. 133.

<sup>11</sup> Ibid., t. 19, p. 38.

tocado ya el último grado de humillación nacional. No hay una sola cosa capaz de herir al pundonor y degradar el carácter de un pueblo independiente, que no se haya experimentado. Están disueltas toda clase de garantías de seguridad individual, de propiedad, y lo que es más respetable y sagrado entre los hombres, el honor y la ajena honradez son constantemente materia de las más desvergonzadas violaciones. El país es nulo, nulo en todas sus partes: sin tropas, teniendo aún enemigos, sin crédito, sin caudales, sin espíritu público, sin unión, sin política, sin jueces, sin rectitud y abrumado de cuantos males pueden imaginarse. Se ha perdido ya la moral, se acabaron las costumbres y no se quieren leyes porque las que se dictan hoy se pisan mañana, pues que éstas suponen subordinación, y esto no se quiere en Chile"<sup>12</sup>.

El cambio de rumbo que Portales impuso a los chilenos, para evitar que sus expectativas naufragaran definitivamente, según la confusión descrita por O'Higgins, se concretó fundamentalmente en darle al proyecto político de la república una finalidad, al servicio del Estado un significado y a los hombres desinteresados, su oportunidad de participación.

En cuanto a la finalidad del devenir histórico de la nación, la ubicó racionalmente en un modelo político que evitara el retorno al pasado, con la misma eficacia que cautelaba los lazos espirituales que la mantenían cohesionada por la religiosidad y el patriotismo.

En cuanto al significado de la burocracia estatal, reemplazó el personalismo del Director Supremo por la institución Presidente de la República.

En cuanto a las actitudes individuales, el cambio de orientación seleccionó a los servidores públicos que rotaron por los puestos de élite en virtud de sus méritos; limitó la participación de la masa no preparada para ello, fortaleciendo la autoridad del Ejecutivo.

"Sociológicamente, el nuevo régimen fue un puente tendido sobre el abismo que la incongruencia entre la forma republicana y la que los partidos políticos habían cavado en el camino que fatalmente debía recorrer la evolución política del pueblo chileno"<sup>13</sup>.

La Batalla de Lircay, ocurrida cuatro días antes de la Navidad, trajo la anhelada paz como regalo a los chilenos; la alegría estalló espontánea en las calles, con la inevitable secuela de resentimientos contra los vencidos, por sus acciones, y la esperanza compartida de un cambio favorable en la conducción política del país.

La autoridad de Portales se ejerció desde el Ejecutivo con dureza; pero legitimada por la convicción del estadista que se entregaba al ejercicio de su función. Su temperamento vigoroso le facilitó exhibir ante sus conciudadanos la claridad de las metas que su ingenio se había propuesto. El límite para el contrapeso de un despotismo, que le hubiera sido fácil, era su inflexible código de virtudes, acción por la cual la entrega a su causa hizo brillar con luz propia las diversas facetas de su personalidad.

Siempre el líder se destaca en un grupo por la capacidad de influenciar en las conductas de los demás, en mayor medida que éstos puedan influir en la suya propia. La admiración, que aparejaba a sus atribuciones, era producto de la peculiaridad de encarnar los rasgos típicos del hombre de la época: "valiente, generoso, mujeriego, algo tunante, hablar grueso y beber bien"<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> Ibid., t. 20, p. 51.

<sup>13</sup> Ibid., t. 20, p. 56

<sup>14</sup> Ibid., t. 20, p. 67.



Condicionado en su vida afectiva, se dedicaba sin reserva a sus amigos y sus noches de diversión en la chimba, manteniendo la imagen de moralidad exigida por la sociedad. Popular, simpático, pasaba de la cólera a la alegría; sabía, según Encina "acomodar la expresión exterior a los más diversos estados ficticios de ánimo o sentimientos, con una facilidad que rivalizaba con la de un artista"<sup>15</sup>.

En su vida religiosa conoció el valor del misticismo por la muerte de su primera mujer, y posteriormente la reemplazó por una fe acrisolada en la patria, a la cual amó por sobre todo compromiso personal. La diversidad de tareas que pudo asumir simultáneamente, su energía creadora, sólo se explican por una dedicación a la cosa pública que capitalizaba mezquinamente todos sus esfuerzos.

De los rasgos que tipifican su vocación política, aquellos que nos revelan la fuerza de las ideas por sobre los hechos, son, fundamentalmente: su prescindencia de las concepciones políticas tradicionales, la adhesión a un proyecto de prosperidad para Chile, la convicción del progreso mediante el esfuerzo ordenado y la búsqueda de la paz social al amparo de una autoridad abnegada, altruista y ascética.

Aun cuando estas virtudes de su gestión se asemejan a los votos de una orden religiosa, son quizás la expresión de un alma noble que veneró el culto a la patria, combinando con singular discreción lo sacro de su devoción al servicio del Estado, con lo profano de la alegría y comunicabilidad de su vida privada.

Otras pinceladas de su genio son la creatividad, la confianza en sí mismo, don de mando, intuición, tenacidad, su inflexibilidad en el castigo, su reconocimiento al mérito de la razón y su desprecio por el tradicionalismo que se ciegue frente a la razón práctica.

Y, en este sentido, la fuerza con la que impone su mentalidad no se debe al recurso de una concepción política tradicional, sino que más bien a la correspondencia que existe entre una medida política y la aptitud del pueblo para asumirla, lo que iluminó siempre su criterio ponderado y crítico de la realidad.

Consciente de la importancia que para la vida nacional tiene la civilización europea, le reconoce su valor para el desarrollo futuro. Mas, no olvida la facilidad con que el chileno cae en la adopción sin reservas de todo aquello que tenga el toque mágico de lo foráneo, cayendo en la admiración del extranjero como "tipo social", al cual atribuye todas las virtudes que no posee, así le escribe Portales a Tocornal en 1832: "Hagamos justicia a los extranjeros, démosles toda la hospitalidad que sea posible, pero nunca hasta colocarlos sobre los chilenos"<sup>16</sup>.

Esta manifestación de nacionalismo es también una constante de su actuación política; ella le da la capacidad de anticiparse a la ambición de Santa Cruz, la Confederación Peruano-boliviana, advirtiendo la hegemonía mundial de los Estados Unidos de América, a futuro.

Su carta a Cea, ya en 1822, prevé con indiscutible sentido premonitorio: "El Presidente de la Federación Norteamericana, Mr. Monroe, ha dicho: 'Se reconoce que la América es para éstos' ¡Cuidado con salir de una denominación para caer en otra!... Yo creo que todo esto obedece a un plan concebido de antemano. ¡Y esto sería hacer la conquista da América, no por las armas sino por la influencia en toda esfera... Esto sucederá tal vez, hoy no, pero mañana sí..."<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> Ibid., t. 20, p. 70.

<sup>16</sup> Ibid., t. 20, p. 79.

<sup>17</sup> Ibid., t. 20, p. 81.

La orden de operaciones, que escribiera al comandante Angulo para la captura de los buques peruanos en el Callao, anticipándose con una estrategia preventiva al estallido de la guerra, es un nítido ejemplo de su visión geopolítica y conciencia de la realidad marítima de Chile.

Frente a la amenaza de la Confederación Peruano-boliviana plantea que ésta debe desaparecer para siempre jamás del escenario de América, postulando también que las fuerzas navales deben operar antes que las militares dando golpes decisivos al enemigo. Para concluir: "Debemos dominar para siempre en el Pacífico: esta debe ser su máxima ahora y ojalá fuera la de Chile para siempre"<sup>18</sup>.

Antes de analizar el significado de su acción, que se tradujo en una cultura cívica, educada por sus actos como arquetipo de estadista y gobernante, veamos dicha concepción en sus propias palabras: "La república es el sistema que hay que adoptar, pero ¿Sabe como yo la entiendo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizado, cuyos hombres son verdaderos modelos de virtud y de patriotismo; y así encauzar a los ciudadanos por el camino del orden y las virtudes. Cuando se haya encauzado, venga al gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales donde tengan parte todos los ciudadanos"<sup>19</sup>. Esta concepción política marcó el rumbo de la sociedad chilena, dándole la estabilidad social necesaria para consolidarse y sortear con relativo éxito el escollo de la Revolución de 1891.

La Constitución de 1833 fue una fórmula de solución exitosa de un gobierno popular representativo que respetaba la soberanía del pueblo, aceptada como dogma en esos últimos 20 años. Por otra parte, se organizó un poder público que limitaba la participación política de quienes habían adquirido, durante tres siglos, la noción del poder absoluto y aristocrático.

"No por la sola virtud de la independencia, Chile podría ser un país completamente nuevo sin lazos ni similitud con el pasado; por el contrario, al constituirse, era natural que tomara en cuenta los hábitos y nociones en él adquiridos y sus costumbres ya tres veces seculares"<sup>20</sup>.

Portales, aun cuando no fue el redactor de estos términos constitucionales, proveyó el tipo ideal de gobierno, al amparo del cual la Constitución de 1833 se convirtió en la letra viva de un estilo propio de la raza chilena, para gobernarse según sus auténticos valores, ideas y costumbres.

## **PROYECCION ACTUAL DE LA REPUBLICA PORTALIANA**

En el sesquicentenario de su muerte, el modelo de gobierno dejado por Diego Portales a las generaciones venideras sigue vigente: la explicación se encuentra en los valores trascendentes del espíritu, ya que éstos perduran más allá los estrechos límites de tiempo y lugar, en los cuales los hechos sociales que los revisten tuvieron su ocurrencia.

Comprender su obra como el forjador de la república en la cual vivimos, nos obliga a escudriñar el trasfondo de los pormenores bosquejados en el presente trabajo. Detrás de la acción, contenida en los textos de muchos autores que han estudiado su vida, emerge una forma abstracta que constituye una norma de conducta para alcanzar la estabilidad política y la solidaridad social.

---

<sup>18</sup> Diego Portales, *Permanencia y vigencia de un pueblo. Voluntad y visión de Chile*, Biblioteca Nacional, p. 19.

<sup>19</sup> FRANCISCO A. ENCINA, *Op. Cit.*, t. 20, p. 86.

<sup>20</sup> ROBERTO HERNANDEZ PONCE, *Diego Portales*, Edit. Orbe, Santiago de Chile, 1974, p. 117.

Los pueblos, según Aristóteles, cumplen reiteradamente un ciclo que les hace pasar de la monarquía a la aristocracia, cuando se revelan contra el despotismo; de la aristocracia a la democracia, cuando se revelan contra la oligarquía; y vuelven a la monarquía, cuando la anarquía pide autoridad. Por esto, la tarea de la Ciencia Política es la búsqueda permanente de la estabilidad; Portales la logró en los tres decenios que sucedieron a su gestión.

Como lo plantea también Durkheim, desde la perspectiva sociológica, el efecto de los lazos espirituales que unen a los individuos de una sociedad es la solidaridad. Portales la motivó al neutralizar a Santa Cruz y organizar el Estado.

El hombre que tiene la virtud de armonizar la teoría con la práctica, es un artista; el hombre que logra conciliar los valores de una ideología con la conciencia colectiva de un pueblo, es un político; finalmente, el hombre que es capaz de integrar la función política con los rasgos de su personalidad, es un estadista.

Esta es tal vez la inferencia más importante de la obra portaliana; ella lo señala como un hombre que fue capaz de brillar con luz propia para proyectar un ejemplo imperecedero.

Por encima de todos los adjetivos que puedan adornar su gestión política, está la persona, con sus virtudes y defectos. Este el sello de una personalidad forjada de un temperamento activo, emotivo y persistente; un carácter cultivado en las pruebas más duras que la vida pueda presentar a un ser humano. Esa personalidad le permitió centralizar el poder con varios tipos de autoridad con los cuales ejerció el mando.

Diego Portales tuvo siempre esa autoridad carismática que emana de las personas por las cosas de las cuales es autor. Su altruismo y prescindencia individual le dan un significado a su vida, que inevitablemente causa el efecto de dominación sobre sus semejantes. Fueron los valores trascendentes de su espíritu los que dieron temple a una mirada, que debió ser dura como el acero, para aplicar una voluntad recta y acerada como un estilete.

Diego Portales tuvo esa autoridad racional del sentido poco común de la intuición y la común aceptación de una lógica irrefutable. La serenidad en la decisión no se improvisa; hay en ella mucho más dedicación que de inspiración. Su pluma, reacia a identificarse con ideología alguna que no fuera la de su convicción, la vemos ágil e incisiva para llegar siempre a la médula del problema y sus implicancias, con un criterio equilibrado entre lo real y lo nominal.

Diego Portales tuvo esa autoridad tradicional que las gentes atribuyen invariablemente a la posición social del individuo; consciente de su linaje, éste lo dotaba con naturalidad para dirigir a los individuos, ya fuera que se tratase de la élite más exclusiva de la sociedad o el hombre más sencillo a su servicio.

Convergen en su personalidad el carisma de valores sustantivos, la racionalidad de sus finalidades objetivas y las cualidades subjetivas de su estilo de vida.

Esta es la forma abstracta que emerge de su acción, como un modelo de gobernante para nuestros días; no habrá otros líderes como Portales, los habrá mejores y peores... La sociedad chilena, que se asoma al siglo XXI, se ve enfrentada a similares desafíos de su realidad geopolítica y su acervo cultural; requiere una tenaz y serena conducción para alcanzar con éxito sus metas.

El forjador de la república nos dejó una forma institucional en la cual podemos anclar nuestro caro anhelo de estabilidad y nuestra sentida esperanza de solidaridad.

Nos ha dejado su ejemplar modelo para cohesionar la nación en una empresa compartida por gobernantes y gobernados. Si en el ayer la amenaza externa era vecinal, hoy

es mundial. La sociedad contemporánea debe internalizar los valores trascendentes de la civilización cristiana y de la chilenidad, practicándolos en la vida cotidiana. De no ser así, es fácil sucumbir ante el materialismo propagado por los intelectuales que buscan el conflicto inmanente en toda sociedad, o por los agentes transnacionales del consumo exacerbado.

Ante las voces que repiten los reiterados cantos de sirena de otrora, se yergue su figura desafiante para señalar que siempre la patria estará primero, pues "Cuando las sociedades dejan de ser un organismo espiritual, cuando han perdido el alma, cuando los viejos sentimientos colectivos, las disciplinas tradicionales, los respetos históricos dejan de existir, ya no quedan en ellas sino los apetitos y los odios, las ansias de lucro y poder, la baja envidia, la desenfrenada ambición"<sup>21</sup>.

La convivencia nacional transita hoy, como al término de su trascendente acción social, hacia un nuevo horizonte de progreso; la estabilidad del orden social que los chilenos se han dado continuará con un rumbo establecido, en la medida del consenso nacional. La conciencia colectiva del valor de la cohesión por sobre el conflicto, son las claves del éxito.

El desafío político de la república de nuestros días es evolucionar con seguridad ante las condiciones siempre cambiantes de la comunidad internacional, conservando el significado de la nación chilena como valor sustantivo; anticipando las finalidades a la ocurrencia objetiva de los hechos, y vitalizando la conciencia subjetiva de un territorio, una historia y una cultura compartidos.

El sentido nacional, la autoridad, el Estado de derecho y el realismo político fueron planteados recientemente como los principios<sup>22</sup> que hicieron del régimen portaliano una base para alcanzar la prosperidad. El desafío, de convertirnos en una nación marítima e industrial, es una tarea que hoy sigue igualmente vigente y por realizar.

La grandeza de Chile y la realización personal de cada uno de sus habitantes se identifica en la finalidad del Bien Común, máxima de la obra de Portales, desafío de ahora y ojalá que lo fuere de nuestra patria para siempre.

---

<sup>21</sup> ALBERTO EDWARDS, textos sobre política de Chile, Academia de Guerra Naval, Valparaíso, Chile, p. 66

<sup>22</sup> Diego Portales, Permanencia y vigencia de un pueblo..., pp. 9-14